CAPÍTULO PRIMERO Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha[2]

En un lugar[3] de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme,[4] no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero,[5] adarga antigua,[6] rocín flaco[7] y galgo corredor.[8] Una olla de algo más vaca que carnero,[9] salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados,[10] lantejas los viernes, algún palomino de añadidura[11] los domingos, consumían las tres partes de su hacienda.[12] El resto de ella concluían sayo de velarte,[13] calzas de velludo para las fiestas,[14] con sus pantuflos de lo mismo,[15] y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino.[16] Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza[17] que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años.[18] Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro,[19] gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir[20] que tenía el sobrenombre de «Quijada», o «Quesada»,[21] que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben, aunque por conjeturas verisímiles se deja entender que se llamaba «Quijana». Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad.[22]

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso –que eran los más del año–, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de sembradura[23] para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos; y, de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva,[24] porque la claridad de su prosa y aquellas intricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos,[25] donde en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura». Y también cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza…».[26]

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien[27] con las heridas que don Belianís[28] daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros[29] que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello,[30] si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar –que era hombre docto, graduado en Cigüenza–[31] sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Ingalaterra[32] o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo,[33] decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo,[34] y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo, que no era caballero melindroso ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro,[35] y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el celebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía,[36] que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver[37] con el Caballero de la Ardiente Espada,[38] que de solo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio,[39] porque en Roncesvalles había muerto a Roldán, el encantado,[40] valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos.[41] Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos,[42] él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán,[43] y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende[44] robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón,[45] al ama que tenía, y aun a su sobrina de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república,[46] hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones[47] y peligros donde, acabándolos,[48] cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda;[49] y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio priesa a poner en efecto lo que deseaba.[50] Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiolas y aderezolas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje,[51] sino morrión simple;[52] mas a esto suplió su industria,[53] porque de cartones hizo un modo de media celada que, encajada con el morrión, hacían una apariencia de celada entera.[54] Es verdad que, para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse de este peligro,[55] la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia de ella, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real[56] y más tachas que el caballo de Gonela,[57] que «tantum pellis et ossa fuit»,[58] le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque –según se decía él a sí mismo– no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba;[59] y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar «Rocinante», nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar «don Quijote»;[60] de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores de esta tan verdadera historia que sin duda[61] se debía de llamar «Quijada», y no «Quesada», como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse «Amadís» a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó «Amadís de Gaula»,[62] así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse «don Quijote de la Mancha», con que a su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre de ella.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmádose a sí mismo,[63] se dio a entender[64] que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él:

—Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro,[65] o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente,[66] le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado,[67] y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania,[68] a quien venció en singular batalla[69] el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante»?

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni le dio cata de ello.[70] Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla «Dulcinea del Toboso» porque era natural del Toboso:[71] nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo,[72] como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

NOTAS AL CAPÍTULO PRIMERO Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha

[1] En el Quijote de 1605, el calificativo de ingenioso (es decir, ‘inventivo, hábil, agudo’) sólo se aplica al protagonista en las menciones del título y en los epígrafes de las cuatro partes y de tres de los capítulos (2, 6 y 16) del volumen; título y epígrafes, por otro lado, que no se introdujeron sino cuando el libro estaba ya sustancialmente redactado. La división de la obra en cuatro partes, tal como hoy se presentan (1-8, 9-14, 15-27, 28-52), fue también cosa de última hora y quedó revocada de hecho al publicarse como Segunda parte… la continuación de 1615.

[2] condición es tanto la posición social como los rasgos personales, y ejercicio, el modo de poner en práctica tal condición.

[3] ‘En una aldea, una pequeña población rural’.

[4] ‘no voy o no llego a acordarme’.

[5] ‘arrinconada u olvidada’; el astillero era la percha en donde se colgaban las armas.

[6] adarga: ‘escudo ligero de piel’.

[7] rocín: ‘caballo de trabajo’.

[8] La primera caracterización de don Quijote es menos individual que social: el personaje se presenta como «un hidalgo de los de…», un exponente típico de los hidalgos rurales con pocos medios de fortuna (por debajo, pues, del estamento de los caballeros, hidalgos ricos y con derecho a usar el don) y sin otra ocupación que mantenerse ociosos, para no decaer al estado de pecheros perdiendo los contados privilegios que aún conservaban (en especial, la exención de ciertos impuestos).

[9] Porque la carne de vaca (para la olla ‘cocido’) era más barata.

[10] salpicón: ‘fiambre preparado con los restos de la olla del mediodía’; duelos y quebrantos: quizá ‘huevos con tocino o chorizo’.

[11] ‘como plato especial’.

[12] ‘las tres cuartas partes de su renta’.

[13] sayo: ‘traje masculino con falda’, pasado de moda ya en 1605; velarte: ‘paño de abrigo de color oscuro’.

[14] calzas: ‘una especie de media abombada y con tiras para el abrigo de los muslos’; velludo: ‘felpa o terciopelo’.

[15] pantuflos: ‘calzado que se ponía sobre otros zapatos’.

[16] vellorí: ‘paño de color pardo’, de calidad mediana.

[17] ‘un mozo para todo’.

[18] En una sociedad cuya esperanza de vida apenas llegaba a los treinta años, don Quijote era un anciano.

[19] En esos rasgos, don Quijote coincide con el temperamento colérico y melancólico según la caracterización de la medicina antigua.

[20] ‘Algunos dicen’.

[21] sobrenombre: ‘apellido’.

[22] Desde el principio, don Quijote se presenta como persona que ha existido realmente, cuya fama es anterior al libro de Cervantes y cuya historia va reconstruyéndose a partir de distintos testimonios que no siempre coinciden entre sí.

[23] Una fanega medía entre media hectárea y una hectárea y media.

[24] Autor de varias continuaciones del Amadís de Gaula, entre 1514 y 1532.

[25] cartas en que los caballeros exponían los motivos y términos de un desafío.

[26] Las citas no son literales, pero sí representativas del estilo de Silva.

[27] ‘No estaba muy de acuerdo’.

[28] Protagonista de la Historia de Belianís de Grecia (1545 y 1579) de Jerónimo Fernández.

[29] ‘médicos, cirujanos’.

[30] ‘lo hubiera conseguido’.

[31] ‘en Sigüenza’, universidad de escaso prestigio.

[32] Protagonista de un libro de caballerías del mismo título, escrito por el portugués Francisco de Moraes hacia 1545.

[33] maese: tratamiento que se daba a los barberos que realizaban pequeñas curas médicas.

[34] Personaje del Espejo de príncipes y caballeros (1555), mencionado ya en los preliminares.

[35] ‘de una vez, sin dormir’, del ocaso al amanecer.

[36] aquella máquina: ‘todo aquel extraño conjunto’.

[37] ‘no podía compararse’.

[38] Amadís de Grecia, que llevaba como emblema una espada dibujada en el pecho.

[39] Personaje fabuloso, a quien la épica medieval hispana enfrentaba con Roldán.

[40] En algunas leyendas medievales, Roldán era el encantado porque sólo se le podía matar como se explica luego, en el capítulo 26.

[41] industria: ‘artimaña’. Hércules venció al gigante Anteo abrazándolo sin dejarle pisar la Tierra, madre del gigante y que le proporcionaba la fuerza.

[42] ‘insolentes’. Los gigantes aparecen frecuentemente en los libros de caballerías, siempre como deformes y diabólicos, encarnación de la fuerza bruta y la maldad (como los ogros en otras culturas). Pero en el Morgante (h. 1465), de Luigi Pulci, el simpático gigante de ese nombre salva la vida ante Roldán gracias a su cortesía.

[43] Héroe de la épica francesa, que aparece en el romancero y en el Orlando innamorato de Matteo Boiardo, adaptado al castellano en el Espejo de caballerías (1586).

[44] ‘en ultramar’.

[45] Galalón o ‘Ganelón’, el traidor de la Canción de Roldán, culpable de la derrota de los franceses en Roncesvalles.

[46] ‘de su país’.

[47] ‘lances’.

[48] ‘llevándolos a cabo’.

[49] Reinaldos de Montalbán llegó a ser emperador del reino fabuloso de Trapisonda o Trebisonda.

[50] en efecto: ‘en práctica’.

[51] celada: ‘casco que cubría la cabeza, la nuca y, si llevaba visera, también la cara’; era de encaje cuando, mediante una especie de falda, podía encajarse directamente sobre la coraza.

[52] morrión simple: ‘casco sencillo’, propio de arcabuceros.

[53] ‘su habilidad’.

[54] Don Quijote utilizó una pasta modelable hecha de cartones y engrudo o cola.

[55] asegurarse: ‘protegerse’.

[56] Juego con el doble sentido de cuartos: ‘enfermedad de las caballerías’ y ‘monedas de poco valor’.

[57] tachas: ‘defectos’. Gonela fue un famoso bufón de la corte de Ferrara.

[58] ‘era sólo piel y huesos’, según un dicho del poeta macarrónico Teófilo Folengo.

[59] La nueva orden es la caballería, en la que se profesaba, es decir, ‘se ingresaba’, mediante unos votos análogos a los religiosos.

[60] Los hidalgos no tenían derecho al tratamiento de don, que estaba reservado a los caballeros. El nombre del protagonista es el de una pieza de la armadura, el quijote (nunca mencionado en la novela), que cubría el muslo; por otro lado, recuerda al Lanzarote de las novelas artúricas y se sirve de una terminación que en español suele limitarse a términos ridículos o jocosos (véase I, 26). Así, «don Quijote» sonaba en la época como una distorsión cómica del ideal caballeresco.

[61] ‘tomaron ocasión para deducir que sin duda’.

[62] Gaula era un reino imaginario de la Bretaña continental.

[63] El ser armado caballero se entendía como análogo al sacramento de la confirmación, momento en que se puede cambiar de nombre.

[64] ‘le pareció’, ‘se convenció’.

[65] ‘golpe’.

[66] ‘en definitiva’.

[67] ‘a modo de presente, de regalo’.

[68] ínsula: ‘isla’, cultismo frecuente en los libros de caballerías (y que Sancho sólo por excepción entenderá en su sentido propio).

[69] ‘combate individual (no en grupo) entre dos caballeros’.

[70] ‘no le dio a catar su buen parecer’.

[71] En la actual provincia de Toledo. Aldonza y Dulce eran nombres de mujer que se relacionaban entre sí; la terminación en ea recordaba a Melibea, la protagonista de La Celestina, y a otras figuras literarias.

[72] peregrino: ‘original’.